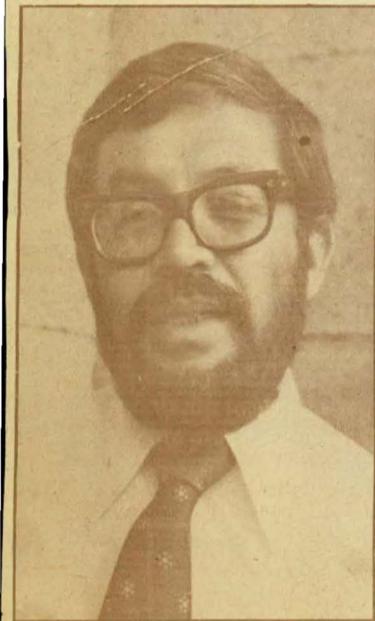


México

Argentinizado

Diciembre 21-1983

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



El viernes dos de diciembre, al mediodía, los hermanos Arturo y José Luis Cortés Gutiérrez fueron asesinados a bordo de un autobús suburbano, al norte de la ciudad de México. Los homicidas los ultimaron con disparos de arma de fuego. Luego de perpetrado su crimen, con entera tranquilidad salieron del autobús y se marcharon. Cerca del lugar donde se cometió el homicidio estaba una caseta con soldados y agentes policíacos, pero ninguno de ellos actuó en persecución de los asesinos.

Como si se tratara de una novela macabra, al día siguiente, en Oaxaca, un tercer miembro de la familia Cortés Gutiérrez, Felipe, fue también atacado a balazos, y muerto junto con su esposa, Guadalupe Carrasco.

La barbarie de esta matanza sería de suyo grave, pero lo es mucho más por sus implicaciones. Las cuatro personas muertas eran militantes políticos. Los dos asesinados en el Estado de México habían sido presos políticos en reclusorios de esta capital. El tercero, la víctima en Oaxaca, había padecido la misma suerte en aquella ciudad.

Por si no bastaran esas circunstancias para eliminar la conjetura de alguna venganza, de ésas al estilo de Montescos y Capuletos en que familias enteras son pasadas por las armas, una comunicación de una banda que se hace llamar Partido Revolucionario Obrero Clandestino-Unión del Pueblo reivindicó la autoría de los homicidios. Si en verdad una agrupación como ésa existiera y hubiera cometido tan execrables crímenes, la sociedad debería estar muy preocupada. Estaríamos frente a una organización de ultraizquierda cuya tarea se torcería al punto de que estimara como sus enemigos a quienes, en otra perspectiva, presuntamente lucharían por los mismos objetivos.

Pero es posible que no se trate de ninguna agrupación radical, sino de un escuadrón de la muerte, de un comando cazacomunistas, al estilo de los que se hicieron tristemente célebres en años recientes en países de Centro y Sudamérica. Esa es la conjetura que, no sin fundamentos, se ha formulado el Frente Nacional Contra la Represión, quien ha hecho la denuncia de los anteriores hechos que no pueden ser vistos con desdén por nadie.

El Frente supone que puede tratarse de agrupaciones con cobertura oficial las que realizaron este crimen, para amedrentar a las fuerzas progresistas. Éste sería el caso extremo de una larga cadena de hostigamientos a que se exponen cotidianamente los militantes en agrupaciones de izquierda no parlamentaria. Si la versión del Frente tuviera mínima verosimilitud, nadie debería descansar hasta conseguir que el aparato siniestro que de esa manera se hubiera montado desapareciera. De no proceder de ese modo, todos lo lamentaremos después.

Rotos los fundamentos de su estabilidad económica, nuestro país ha entrado en un proceso de deterioro de su estructura material que no pocos denominan "argentización". Es verdad que los términos de este fenómeno no se producen en forma tan aguda como los que tienen lugar en el país que da nombre a la expresión. Nuestras tasas de inflación no llegaron jamás al punto escandaloso que alcanzaron en la nación que el domingo pasado reinició su camino a la democracia con la toma de posesión de un presidente civil

después de un septenio de dictadura militar. Ciertamente es, también, que nuestra planta productiva no se ha desmantelado como le ocurrió a la Argentina, cuyo proceso de recuperación, en caso de ser viable, será desde luego más prolongado que el nuestro. No estamos, sin embargo, exentos de síntomas que, apenas nos descuidemos, pueden crecer en dimensión y calidad hasta aproximarnos a formas de descomposición cuyas consecuencias sean en verdad irreparables.

Pero si en la economía no es por entero veraz la comparación de Argentina y México, corremos el riesgo de que lo sea en algunos aspectos políticos. No sería, por desgracia, en el respeto al voto de que se dio muestra en la elección que señaló la vuelta a la democracia, sino en los atentados contra los derechos humanos, especialmente de disidentes políticos. La creación, en vísperas del golpe militar de 1976, de la triple A, la Alianza Argentina Anticomunista, marcó uno de los niveles de degradación más insostenibles a que puede llegar un país que fue ejemplo de civilidad en la solución de sus conflictos sociales.

La terrible represión en Argentina, que hizo desaparecer a treinta mil personas sin juicio legal alguno no puede ser comparada con la que se ha ejercido en México. Pero hoy las condiciones económicas acaso estén empujando a los sectores más duros del gobierno a iniciar la adopción de estrategias que nos pondrían en el tobogán de la punición arbitraria e ilegal de la disidencia política. Actualmente está en cartelera en la ciudad de México una pieza malograda del dramaturgo mexicano Carlos Olmos (El brillo de la ausencia), en que caricaturiza a dos parejas de pseudoizquierdistas neurotizados por lo que creen la inminencia de un golpe militar. No quisiéramos caer en la caricatura contenida en esa obra teatral, pero si este signo ominoso no es leído cabalmente y su sustancia extirpada, estaríamos en camino de hacer verdadero el presagio anunciado en esa pieza.

Una lamentable combinación de autoritarismo y corrupción ha hecho de los cuerpos policíacos en nuestro país organismos temibles, por librarse de los cuales todo precio parece ser bajo. Si la terrible máquina de intimidación y destrucción de los derechos de los ciudadanos que son estas corporaciones añaden a su temibilidad la existencia de bandas gubernamentales parapetadas tras mamparos en los que nadie cree, se estaría jugando con fuego. Ya se conocen los problemas políticos que plantean los cuerpos de seguridad, tendientes a ensanchar la autonomía de sus servicios, y capaces de crear las condiciones para que se estimen relevantes sus acciones. Es mucho peor, sin embargo, cuando se les quita carácter institucional a las bandas de matarifes, porque entonces quedan sujetas a su propia lógica y no tanto a la del Estado que como aprendiz de brujo las crea y las pone en circulación.

Las agrupaciones políticas de todo signo, incluido el partido gubernamental, pero especialmente las afiliadas a la causa del progreso, no debieran desestimar la importancia de esos homicidios y de la cobertura que se pretende darles. Sería imperdonable que acusaran tal falta de sensibilidad política que juzgaran que este cuádruple crimen no les concierne.

Aunque no constituyera una amenaza para sus miembros, el múltiple homicidio debería convertirse en bandera de tales agrupaciones. Es preciso desterrar la violencia política, porque el México bronco que se agita en nuestro subsuelo, si se despierta en condiciones tan delicadas podría manifestarse en turbulencias cuyo alcance no es posible imaginar siquiera.

Pero si este crimen es el anuncio de que el día menos pensado los homicidas pueden venir por cualquiera de nosotros, crece la necesidad de que se le vea como un prioritario asunto político, que concierne a la seguridad de cada uno, y de la sociedad en su conjunto. Si nuestra economía se asemeja a la Argentina, no la imitemos también en los extremos feroces de la represión.